



rmbm.org



rmbm.org/rinconlector/index.htm

1984



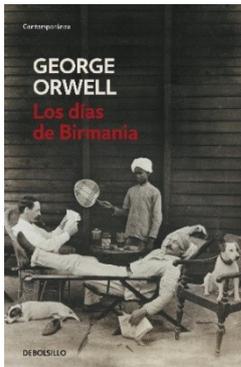
George Orwell

Murcia

George Orwell

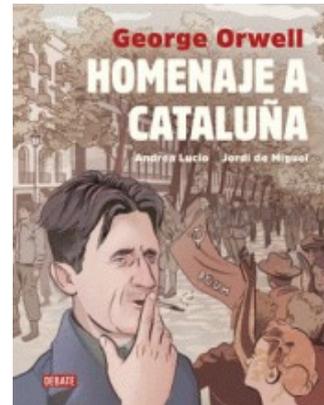
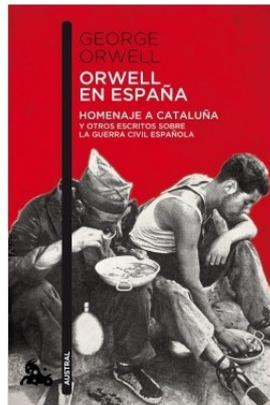
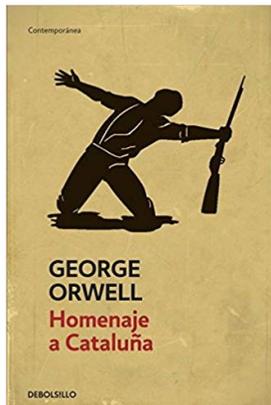
<https://www.traficantes.net/autorxs/orwell-george>

Fue en 1903 cuando Eric Arthur Blair, el escritor británico más conocido por su seudónimo George Orwell, nació en Motihari, India. Estudió en el Eton College de Inglaterra gracias a una beca, y prestó sus servicios en la Policía Imperial. Estuvo destinado en Birmania, de 1922 a 1927, fecha en que regresó a Inglaterra.



Enfermo y luchando por abrirse camino como escritor, vivió durante varios años en la pobreza, primero en París y más tarde en Londres. Como resultado de esta experiencia escribió un primer libro 'Sin blanca en París y Londres' (1933), donde relata las sórdidas condiciones de vida de las gentes sin hogar. 'Días en Birmania' (1934), un feroz ataque contra el imperialismo, es también, en gran medida, una obra autobiográfica. Su siguiente novela, 'La hija del Reverendo' (1935), cuenta la historia de una *solterona* infeliz que encuentra de manera efímera su liberación viviendo entre los

campesinos.



En 1936 Orwell luchó en el ejército republicano durante la Guerra Civil española (1936-1939). El autor describe su experiencia bélica en 'Homenaje a Catalunya' (1938), uno de los relatos más conmovedores escritos sobre esta guerra y en el que se hace responsable al Partido Comunista Español (PCE) y a la Unión Soviética de la destrucción del anarquismo español que supuso el triunfo de la Falange. 'El camino a Wigan Pier' (1937), escrita en esta misma

época, es una crónica desgarradora sobre la vida de los mineros sin trabajo en el norte de Inglaterra.



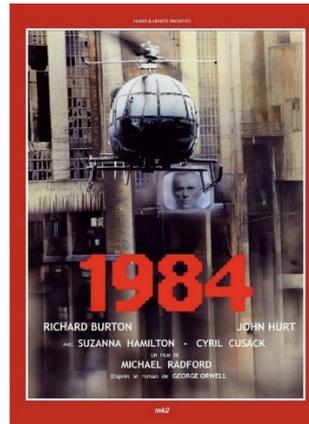
Su condena de la sociedad totalitaria queda brillantemente plasmada en una ingeniosa fábula de carácter alegórico, 'Rebelión en la granja' (1945), basada en la traición de Stalin a la Revolución Rusa, así como en la novela '1984' (1949).



Esta última ofrece una descripción aterradora de la vida bajo la vigilancia constante del "Gran Hermano". Cabe citar entre otros escritos, la novela 'Que vuele la aspidistra' (1936) y 'Disparando al elefante y otros ensayos' (1950), ambas consideradas modelos de prosa descriptiva, y 'Así fueron las alegrías' (1953), un recuerdo de sus difíciles años de estudiante. En 1968 se publicaron en cuatro volúmenes sus Ensayos Completos: Periodismo y Cartas. Orwell murió de tuberculosis en enero de 1950, dejando tras de sí un profundo escepticismo por las marañas políticas.



1984 (dir. Michael Anderson, 1956)



1984 (dir. Michael Radford, 1984)

<https://www.fabulantes.com/2017/03/1984-george-orwell/>

1984, GEORGE ORWELL: EL PODER EN LOS HUESOS

VÍCTOR MUÑOZ RAMÍREZ | 30 MARZO 2017

George Orwell escribió 1984, la distopía de distopías, como una sátira y no como una profecía, como ha querido interpretarse de manera recalcitrante. Es una descripción pragmática del poder, a partir de la tensión dialéctica constante que reside en la dicotomía individuo-sociedad, y que se plasma en el control de la información a través de la manipulación directa del lenguaje y la resituación del cuerpo en el entramado social y urbano, causa y consecuencia entre sí.

La llegada de Trump al poder ha hecho que las ventas de 1984 (DeBolsillo, reedición de 2013) se disparen. Apenas un par de semanas después de su llegada a la Casa Blanca, la editorial Signet Classics tuvo que lanzar una nueva edición para satisfacer la demanda del libro. Como no podía ser de otra manera, Fabulantes no podía perder la oportunidad de lanzar, en un especial de distopías, un artículo sobre este clásico imprescindible para la literatura universal y la ciencia-ficción en particular.



Fotograma de *1984* (dir. Michael Handerson, 1956)

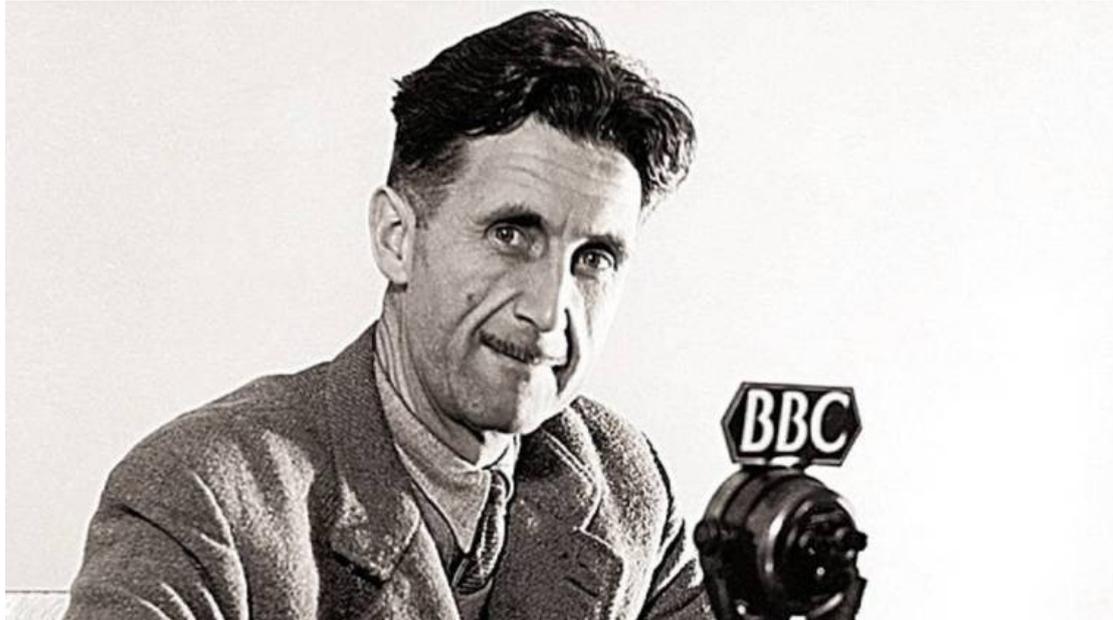
Muchas veces se han contrapuesto, en el plano de las profecías políticas, *Un mundo feliz* y *1984*. Sin embargo, es esta última la que ha logrado convertir el apellido de su escritor en un adjetivo habitual, cuyas connotaciones hacen que un escalofrío recorra tu espalda, levantes las manos y sientas en tu nuca la mirada de un voyeur a punto de matarte.

La explicación, quizás, se deba a la disparidad de ambos estilos. La escritura de George Orwell, más clara, sin adornos, excesivamente seca frente a las ampulosas descripciones de Aldous Huxley, mucho más interesado en los detalles científicos, genera en el lector una sensación de brutal realismo. En las páginas de *1984* casi puede palpase la suciedad; las imágenes son tan nítidas como viciadas por la degradación de un mundo al borde del derrumbe. Hay una cercanía social, más que científica; una aproximación que la utopía de Huxley sólo puede traducir con alegorías, a mi gusto, demasiado evidentes (olvida el hecho de que la satisfacción sólo puede perpetuarse en la carencia constante). Hay que recordar que para Orwell, tal y como explica en su ensayo de 1946 *La política y la lengua inglesa*, el lenguaje erudito y retorcido que corrientemente usan las élites inglesas no hace más que ocultar la verdad y legitimar el crimen disfrazándolo de justicia social (una forma exagerada de dar cuenta de esa imposibilidad de asimilar como experiencia algo poco articulable en nuestra cotidianidad). La sordidez de su prosa es pareja a la sordidez del mundo de Winston Smith y, en cierto sentido, ello hace que la distancia que podríamos tomar con *Un mundo feliz* se reduzca hasta sentir los ojos del Gran Hermano atravesando el papel.

Al enfrentar estas dos ópticas que, cada una a su manera, se hacen cargo de una hipotética configuración social, se descubre que 1984 no está escrita por un elitista obsesionado con el futuro, ni para una tribu de milenaristas científicos; tampoco es un humanismo pseudoreligioso. Orwell, si bien no de una forma ortodoxa, se enmarca en la tradición del marxismo. Poco le importaba el futuro más allá de ciertas acciones políticas que puedan llevar los agentes en la historia. Lo que significa, en resumidas cuentas, que su novela es una sátira, no una profecía, la conclusión histórica de cierta forma de pensar, o la defensa romántica del hombre contra el Leviatán social (reducir 1984 a la muerte del amor, del individuo como un soñador que se resiste a ser integrado, o cosas parecidas, es un burda simpleza). Basta un vistazo a los primeros capítulos de la novela para reconocer las intenciones de Orwell: una descripción pragmática del poder, a partir de la tensión dialéctica constante que reside en la dicotomía individuo-sociedad; una contradicción irresoluble que inundó no sólo el bloque soviético sino también el capitalismo de entonces y de nuestros días.

El pulido trasfondo de 1984 se percibe mejor cuando descartamos esa visión apocalíptica e irreflexiva. No hace falta la programación genética, ni ninguna técnica científica o pavloviana para manipular la naturaleza de la mente. Tampoco infundir terror en la sociedad hasta que finjan creer lo que la versión oficial estipula en los boletines informativos. Los habitantes de la distopía orwelliana no viven aterrados. Todos están convencidos de la felicidad que viven y, en este sentido, la vigilancia no es un método, en verdad, eficiente. Nadie desea, como da a entender Winston en un lapsus frente O'Brien, que la telepantalla se apague (una pregunta tan inocente y, a su vez, tan comprometedora).

Este firme convencimiento de las personas se sustenta, o al menos así puede deducirse de la distopía de Orwell, en un pilar: el control de la información. Es difícil resumir en un párrafo la sutil gestión de la opinión que llevan a cabo las élites de Oceanía, la piedra angular que sostiene toda la novela. No obstante, merece la pena dar unas cuantas vueltas al epicentro en torno al cual se erige 1984. La lectura que quiero proponer aquí es tan personal como difícil de resumir en pocas líneas. Me contento con dar unas pequeñas pinceladas que estimulen la imaginación y las ganas de discutir de quien se sumerja en la pesadilla de Orwell.



Este control de la información se manifiesta en dos sentidos. La manipulación directa del lenguaje y la resituación del cuerpo en el entramado social y urbano se superponen, son causa y consecuencia entre sí, sin poder ser diferidas la una de la otra.

La neolengua: la manipulación de doblepensar

Es casi de cultura popular saber que el idioma que se trata de imponer en Oceanía es la llamada «neolengua». Como dice un camarada de Winston, la «neolengua» es la única lengua que destruye, con cada edición del diccionario, palabras y estructuras gramaticales hasta simplificar el lenguaje en una retorcida síntesis que tiene como fin estrechar el mundo que habitan los miembros del Partido, fomentar una alienación desde la misma función que organiza la realidad. Esta destrucción, curiosamente, no es una censura (tal y como la entendemos por lo general), sino que se trata de aplicar a términos concretos una gran carga significativa, de forma que con una misma palabra pueda designar un significado y su contrario a la vez.

Es imposible abordar la «neolengua» sin reconocerla como un reflejo de la propaganda de nazis y soviéticos, los cuales estudiaron cómo bastaba cambiar la palabra para que tras ella fuese el objeto designado por el individuo. Así es que la libertad se ve limitada, no por coacción o «recortes de censura», sino por falta de pensamientos, por pura incapacidad para poder designar un contenido a una idea. La memoria, la identidad y la realidad se reconstruyen a partir de esta manipulación lingüística.

¿No es contradictorio que dotar a las palabras de mayor significado provoque menor capacidad denotativa? Los conceptos de la «neolengua» son más

abstractos en tanto que adoptan una mayor polisemia y, en cuanto tal, quedan completamente vacíos por no poder usarse con precisión por requerir un acto de voluntad para pulir, a su vez, todas estas connotaciones. Hablar, después de todo, es tomar la decisión de decir algo frente a otras tantas posibilidades que se niegan. Si para Funes «el Memorioso» (J. L. Borges, 1944) conocer era olvidar, siguiendo la misma regla, hablar es decidir no decir algo frente a algo que queda sin ser nombrado. Pero, en Oceanía, esa decisión no la toma el hablante, sino el Estado.

La apabullante flexibilidad de la «neolengua» y su sencillez la hacen un arma de manipulación infalible. La dimensión valorativa del lenguaje pertenece por entero al Partido, y la decisión de un significado u otro no pertenece al individuo, quien en la incertidumbre se agazapa sin conocer la respuesta, tan siquiera la pregunta. Esto es el doblepensar: el desconocimiento amparado por el saber y un conocimiento que se funda en la necesidad, proseguir con las actividades sociales sin poder pensar la alternativa, pues la alternativa es también parte del sistema. El individuo se somete a la tensión de pensar una cosa y la contraria, de forma que nada sea imposible, no haya una verdad matemática, y los acontecimientos que los periódicos inventan puedan darse con una normalidad pasmosa. Hoy muere alguien, y mañana puede resucitar, pues nunca estuvo muerto: está muerto y vivo, y depende de cual sea la percepción del Partido, la memoria la acatará sin rechistar.

¿En qué mundo puede desembocar un pensamiento semejante? En uno no demasiado distinto del nuestro. A diario somos víctimas de una historia reconstruida, de un lenguaje informativo y políticamente correcto que conduce nuestra opinión a la ignorancia, de un espectacular juego de neón que nos hace consumir una realidad efímera. Aquellos que pretenden encorsetar la crítica de Orwell al socialismo estalinista (una lectura, por otro lado, no desacertada) olvidan que la denuncia de 1984 puede ser extrapolado a cualquier otro sistema. Ofrecer una interpretación unidimensional de la esclavitud que Orwell retrata, es sucumbir a la frivolidad de creer que la felicidad no implica el miedo de perderla, que la seguridad no conlleva el terror a ser descubierto en un renuncio hacia las instituciones. La delgada línea que separa la utopía de la distopía es aquella que el Partido quiere borrar. Lo mejor y lo peor. He ahí el doblepensar.



Fotograma de 1984 (dir. Michael Radford, 1984)

Más mecanismos de control del individuo

Es casi una obligación del lector que, a la par que avanza en la trama, reflexione con Winston sobre las posibilidades de no ser descubierto y seguir siendo una «minoría de uno» viva. A poco que lo piense, caerá en la cuenta de



que el doblepensar es la clave de la persecución. El pensamiento inducido por el Partido es el mismo causante del criminal. La paranoia que sufre Winston es un producto social, el aceite de una maquinaria que vive de la persecución, que encuentra su razón de ser en una afirmación constante del poder sobre los individuos y, para ello, necesita que ellos mismos sean partícipes de su culpabilidad, que siempre exista enemigo, que siempre haya guerra. Un ejemplo histórico ilustra, de forma paroxística, este Estado que se legitima gracias a la confrontación constante y a la persecución: la Kampuchea Democrática (1975-79) y la obsesión de

Pol Pot por encontrar el «enemigo interior».

Sin embargo, no es esta dialéctica sólo un aspecto meramente psicológico. Había antes incidido en que el control de la información se llevaba a cabo a través de ese dardo envenenado que es el lenguaje, pero también a partir de las técnicas de resituación de los cuerpos. Con este concepto me refiero a la posibilidad de generar una vivencia concreta respecto de uno mismo controlando el cuerpo y su entorno, algo que todo sistema político sabe hacer más o menos toscamente.

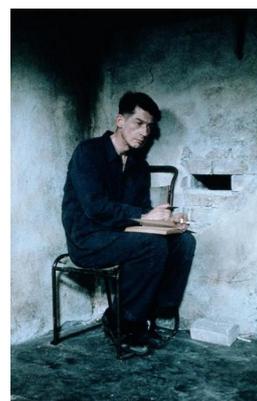
Las descripciones de los espacios, la arquitectura de los edificios, la claustrofóbica atmósfera de la habitación 101, la amplitud del campo en el que

se encuentran Winston y Julia, la fantasmagórica presencia del pasado que hay en el cubil que alquilan para sus encuentros... Orwell no plasma el estado psicológico en el entorno de sus protagonistas. Al contrario, los espacios definen, encierran y dan alas a la psicología de los personajes. ¿Por qué no tener contenta a la gente, dando la ración de chocolate que merecen, o las cuchillas de afeitar que necesiten? Porque la pobreza, los edificios al borde del derrumbe, la falta de luz son medios que abocan el cuerpo a la alienación.

Pareciera, entonces, que Orwell diseñó la novela de una forma bastante contraintuitiva, pero a la vez muy interesante: generó una atmósfera, unos espacios determinados, un puesto de trabajo grisáceo y en contacto con la piedra angular de todo el sistema (el lenguaje a través de los medios de comunicación), y a partir de ahí diseñó un personaje que se adaptara a estos huecos, introduciendo en él, a su vez, la semilla de la discordia, el conflicto que siempre debe ser lo que impulse una novela al desenlace.

El Poder Total

Como buen marxista que era Orwell, considera el sistema de opresión del Gran Hermano como un adoctrinamiento, una gestión de todos los aspectos de la vida, hasta el detalle más ínfimo, y no sólo ciertas actividades sociales y económicas. Y así, aunque el cuerpo nunca podrá ser sometido y borrado como reducto de la individualidad, el Partido sí que puede manipularlo hasta el punto de que sienta lo que debe sentir; que su memoria, las cicatrices que en él dejen el tiempo y la experiencia, puedan ser sustituibles por otras.



Si la primera parte de 1984 incide en la disciplina cotidiana de la conducta, en las aparentemente inofensivas técnicas de control, la segunda se centra en cómo el Estado toma control directo y claro del cuerpo del individuo para reinsertarlo en una sociedad que no puede permitirse la más mínima desviación (programada por ellos mismos). La verdad que reside detrás de esta conversión forzada se revela en la conversación que el protagonista mantiene con O'Brien. Dos tesis son remarcables por la claridad expositiva de Orwell y porque eliminan, en cierto sentido, la estigmatización política que 1984 ha sufrido con el tiempo.

La primera de ellas es que no hay finalidad alguna en este ejercicio del poder. Las intenciones del Partido no son la felicidad, la justicia, ni la estabilidad. Se trata de ejercer un poder total que sea capaz de controlar incluso las variables físicas. La verdad, igual que las confesiones, se crea, y existe un pleno convencimiento de ello. No se finge, se acepta la verdad de que «El objeto de la persecución no es más que la persecución misma. El objeto de la tortura sólo

tiene como finalidad la misma tortura.» Sólo la colectividad es capaz de generar este poder, y para ello debe “curarse” de los elementos que lo distorsionan. ¿Qué finalidad puede haber detrás de la necesidad de supervivencia? ¿Qué ocurre cuando una colectividad hace uso de esta legitimación de la vida? La violencia y la dictadura se justifican por la naturaleza de sí mismas, y el poder se quiere como un fin, no como un medio. La tecnología del poder en todo su esplendor.

Hasta aquí, no hablamos más que en un plano muy teórico que podemos asumir como parte de un agudo análisis de Orwell sobre la anatomía del poder. El momento más espeluznante del interrogatorio de Winston es el momento en que O’Brien le pregunta, adquiriendo un tono con tintes expresionistas, cómo un hombre puede ejercer su poder sobre otro. La respuesta es inquietante y terriblemente obvia: «Haciéndole sufrir». Quizás la ampulosa fantasía que vivimos a menudo logre paliar, como un analgésico, y desplazar esta cuestión considerándola sólo un caso extremo, una manifestación del poder del Estado a un grupo muy reducido de personas que, si acabaron sin dientes en comisaría, «algo habrán hecho». Sin embargo, esta lógica puede ser más retorcida cuando se proyecta sobre la vida cotidiana. Si recapitulamos lo dicho, las formas de las ciudades, el fomento de la atomización de los individuos en calles anchas e hiperpobladas, en centros comerciales que constituyen verdaderas fábricas de consumidores amoldados (literalmente) a los productos que se ofertan... no deja de ser un sufrimiento mitigado por dosis endulzadas de breves de satisfacción. Bajo él hay intensas jornadas laborales, la incertidumbre de no saber si mañana podré saciarme tanto como ayer y la paranoia constante de que somos objeto de la peor farsa kafkiana. En última instancia, O’Brien lo dice claramente: hay que controlar la materia, el cuerpo, para poder controlar la mente, que emplea la información como soporte de la realidad. Se puede decir sin miedo a exagerar que no puede existir un estado sin tortura.

Controlar el receptor, controlar el mensaje. No hace falta nada más, y la asfixiante atmósfera de Orwell halla aquí su fuente de inspiración. Si es capaz de generar esa aprensión en el lector es porque juega con todo aquello que sentimos cotidianamente y nos resistimos a articular en pos de la seguridad de una vida que es, a su vez, una impostura. Creo que, aunque sea por esta pericia de Orwell para iluminar los resquicios oscuros de nuestra alienación, al menos desde el punto de vista político, 1984 es una verdadera obra maestra que merece ser tan disfrutada como «sufrida» por cualquiera que quiera cuestionarse a sí mismo.



<https://www.elboletin.com/noticia/174276/la-biblioteca/el-triple-alegato-de-1984:-contra-el-totalitarismo-la-vigilancia-y-la-desinformacion.html>

70 AÑOS DE GRAN HERMANO

El triple alegato de 1984: contra el totalitarismo, la vigilancia y la desinformación. Una distopía capaz de entregar un significado distinto a cada generación de lectores.

PABLO FRANCESCUTTI | 21 JUNIO 2019

Iba a llamarse *El último hombre* en Europa, pero finalmente se quedó con el escueto título *1984*, posiblemente por la decisión del editor de emplazar su lúgubre distopía en un horizonte cercano e inquietante. Con este nombre, la novela de George Orwell se publicó el 8 de junio de 1949 en Gran Bretaña y cinco días más tarde en Estados Unidos. Hace siete décadas exactamente.

Pese a los críticos que tacharon de rebuscado a su argumento y de caricaturas a sus personajes, el libro se convirtió de inmediato en un pelotazo editorial y un suceso cultural.

Como es sabido, la trama compendia las tribulaciones de Winston Smith, su infortunado protagonista, en un Londres futurista, mísero, semiderruido y sometido al yugo implacable del Big Brother, el Gran Hermano de las ediciones españolas (más apropiado hubiera sido traducirlo por “Hermano Mayor”, que expresa mejor el paternalismo de su dictadura).

En los albores de la Guerra Fría —término acuñado por el mismo Orwell, digamos de paso— existía un enorme interés político por que su argumento

fuera leído en clave antisoviética. Y en verdad, muchos de sus ingredientes remiten a la historia de la URSS: la falsificación sistemática del pasado, la similitud del mostachudo Gran Hermano con Stalin y del opositor Emmanuel Goldstein con Trotsky, o la brutal reeducación de los disidentes (la novela escenifica por primera vez un lavado de cerebro).

Pero otros elementos —el poder omnímodo de la policía política, el estado de guerra permanente, el adoctrinamiento de la población— aludían en similar medida al nazifascismo.

Antisoviético... o no

La lectura anticomunista obviaba detalles decisivos. Por ejemplo: la división del planeta en tres bloques opresores, parecida al reparto de zonas de influencia entre Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética en la conferencia de Teherán; o la semejanza del Ministerio de la Verdad con los aparatos de propaganda creados por las democracias occidentales durante la Segunda Guerra Mundial para mantener a las tropas y la población unidas al esfuerzo bélico.

Al describir el ministerio, Orwell se inspiró en su experiencia en la BBC, reveló su biógrafo Dorian Lynskey. Y pasaba por alto que la neolengua, el idioma oficial del régimen, parodiaba tanto la jerga estalinista como el habla eufemística de los políticos y otros profesionales de la persuasión.

Daba igual. Paradójicamente, el alegato contra la manipulación de las conciencias pasó a formar parte de la propaganda anticomunista. Que la firmase un intelectual independiente de izquierda aumentaba su repercusión y por eso la CIA quiso llevarla a la pantalla. La muerte prematura de Orwell no le permitió opinar acerca de esta maniobra, aunque su colaboración con cierta agencia del gobierno británico hace pensar que quizás no le hubiera molestado.



Bien mirada, ese tipo de lectura le cabe mejor a *Rebelión en la Granja*, su fábula de 1945. Recuperando un género de probada capacidad didáctica, Orwell compuso con la historia de la granja autogestionada por animales de corral una sátira sobre la degeneración de la revolución bolchevique y el surgimiento de una casta dirigente que justificaba sus privilegios con una declaración de principios que retorcía el ideal socialista: “Todos los animales son iguales, pero algunos animales son más iguales que otros”. Años más tarde, su alegoría política inspiraría una animación británica, *Evasión en la granja*, esta vez en favor del animalismo.

Un mundo orwelliano

Llegado el año 1984, la fecha en la que, auguraba la novela, la humanidad crujiría bajo la bota del totalitarismo, críticos y analistas celebraron el incumplimiento de su profecía. Un eufórico anuncio de Apple mostró al Gran Hermano puesto en jaque por el Macintosh 128K.

Parecía que el libro, envejecido, cedería su sitio a las distopías del ciberpunk, más a tono con los tiempos. No ocurrió así. El auge de la vigilancia electrónica reanimó el interés por la novela. Su andanada contra las tecnologías de la información le ganó nuevos lectores.

A estos les fascinaba que en su infierno rigurosamente vigilado nadie escape a las omnipresentes pantallas, los ojos del Gran Hermano. ¡Ni los paseos en el bosque se hallan al resguardo de los micrófonos! En este escenario de pesadilla, basado en el panóptico de Bentham, vieron una premonición de la sociedad del control actual.

Favorecía esa interpretación el hecho de que el Reino Unido, con cientos de miles de videocámaras diseminadas por su territorio —reservas naturales incluidas—, se hubiera convertido en una de las naciones más vigiladas. No era el único caso: fuera de las Islas Británicas el panóptico electrónico campa a sus anchas. De su dominio no se libra siquiera la plaza George Orwell que Barcelona dedicó al escritor, el primer espacio público de la ciudad puesto bajo videovigilancia.

Que el reality show *Gran Hermano* trivializara el asunto con sus concursantes felices de pavonear su inanidad ante la audiencia no ha evitado que cunda la alarma ante la parafernalia digital que registra nuestros gustos, opiniones y movimientos hasta un extremo inimaginable para la dictadura de 1984.

La teleserie *Black Mirror*, fiel al espíritu del escritor, ha sacado un buen partido de la situación, y el lenguaje común, igualmente atento, se ha adueñado del adjetivo “orwelliano” y se lo cuelga a los gobiernos que buscan amordazar a la prensa, desinformar o espiar a la ciudadanía.

La escritura, el último refugio

Últimamente, el fenómeno de las fake news, la posverdad y los “hechos alternativos” ha espoleado reediciones masivas de 1984 y, con ello, un nuevo entendimiento de su contenido.

En una coyuntura donde, advierte Lynskey, la noción de verdad se ha desestabilizado, el texto es valorado por haber desenmascarado la retórica falsaria de los demagogos y la intoxicación como política de comunicación. En los Dos Minutos de Odio de la novela —la sesión diaria de propaganda que jalea a la ciudadanía a insultar a los enemigos del Estado—, se ha visto un anticipo de los discursos del odio proferidos por trolls y unos cuantos gobernantes.

La realidad copia al arte y por momentos dudamos si “La ignorancia es la fuerza” es un eslogan real o si las autoridades que defienden que “2+2=5” existen solo en la ficción. Hay que admitir que en otros aspectos la ficción se quedó corta, pues no llegó a imaginar al Gran Hermano tuiteando zafiedades a sus seguidores.

Tales son las tres lecturas dominantes que se han hecho de la narración de Orwell. Tres interpretaciones reveladoras de las obsesiones sociales de los últimos 70 años y de la riqueza de una obra de la que pueden extraerse significados distintos, pero siempre conectados con una idea rectora: la convicción de que la civilización moderna, tanto en su faz totalitaria como en su costado democrático-liberal, se ha transformado en una jaula de hierro que atenaza a sus integrantes.

Un legado poco conocido

Dicho lo cual, no viene mal subrayar que, en el ámbito hispanoparlante, la popularidad de 1984, junto con la de Rebelión en la Granja, ha eclipsado el resto de un legado que merecería ser más visitado. Pensemos en Sin blanca en París y Londres, crudísima crónica de sus vivencias en la cocina de un gran hotel parisino y en los circuitos de los vagabundos ingleses durante la Gran Depresión.



O en sus ensayos, joyas de la literatura anglosajona del siglo XX con títulos memorables como Matar a un elefante o Decadencia del asesinato inglés. O en esa lectura obligatoria para el lector español, Homenaje a Cataluña: el recuerdo de su participación en la Guerra Civil como voluntario en un batallón del POUM, circunstancia que le llevó a huir del país perseguido por los comunistas, quienes, con un talante muy orwelliano, le acusaban de “agente nazifranquista”.

La energía vehemente con la que fueron escritas estas piezas nos mueve a rescatar un elemento de 1984 poco considerado por las lecturas comentadas: el diario íntimo llevado a escondidas por Smith, un espacio de libertad y a la vez un acto de resistencia en un entorno en el que la gente ha renunciado a pensar por cuenta propia y, por tanto, a escribir.

Con este mensaje nos quedamos: en un mundo hipermediatizado e hipercontrolado, la escritura sigue siendo un recurso esencial a la hora de salvaguardar esos “centímetros cúbicos dentro del cráneo” que, según Orwell, constituyen el último baluarte de nuestro pensamiento, nuestra libertad y nuestra individualidad.



"George Orwell tenía razón". / Modern Diplomacy